



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 26 – Invierno 2022

La institución metafísica. Derivas derrideanas. Prolegómenos.

Fernando García Masip¹

Este artículo tiene por objetivo recorrer inicialmente algunos de los usos que Jacques Derrida le da al concepto de *institución* en algunas de sus obras en épocas diferentes. La meta, al iniciar este primer mapeo de dichos usos, es desarrollar un trabajo con una mayor extensión, y lo más exhaustivo posible, sobre la relevancia que dicho concepto tiene para el autor en su concepción general sobre la desconstrucción. Dicha relevancia no ha sido trabajada específicamente en ningún texto conocido por nosotros. Si lo hubiera, nuestro recorrido nos permitirá detectar esas eventuales obras o documentos que así lo hicieron, lo cual será de enorme valor. Hasta el momento no identificamos ninguno, insistimos. Lo que sí existe, son algunas menciones o algún tipo de comentario o de análisis, sucintos, sobre el tópico. Lo cual, por otro lado, nos sorprende pues toda la concepción derrideana lleva consigo una crítica sistemática al concepto de la *institución de la metafísica*, nada más ni nada menos.

En este breve mapeo que pretendemos hacer, no se propone seguir una columna vertebral, por ejemplo, temporal, si no, más bien, forjar una “hoja de ruta” de una búsqueda un tanto aleatoria de diversos momentos en la obra de Derrida sobre la utilización de dicho concepto que después nos permita hacer estudios derivados más puntuales y precisos.

¹ Profesor e investigador del Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Xochimilco, Ciudad De México.

La institución que Derrida busca desconstruir a lo largo de toda su obra de distintas formas, es, precisamente, la *institución de la metafísica*. Por lo tanto, son dos los términos que buscaremos elucidar, precisamente, en este artículo: institución y metafísica. Los caminos para hacerlo enfatizarán o bien el concepto de metafísica, por el que empezaremos porque es dominante en el discurso derrideano, o bien el de institución, que se encuentra mucho más esparcido a lo largo del mismo.

Sin embargo, este breve y puntual recorrido, que también podríamos denominar más tradicionalmente de establecimiento del problema de investigación, nos llevó a proponer, también, un conjunto de conceptos hipotéticos, o de premisas, que tendrán que soportar pruebas demostrativas rigurosas, en el futuro.

1.- ¿Qué es metafísica para Derrida?

De inicio, tenemos que señalar que el concepto de metafísica que Derrida va a problematizar tiene una fuerte influencia de la propuesta de Heidegger sobre la misma. Las diferencias entre las dos no podrán ser exhaustivamente trabajadas aquí, sin embargo, es importante señalar que el rastro heideggeriano se deja ver en el propio trazado del texto derrideano. La premisa fundamental es que el *ser*, en cuanto devenir y tiempo, es *olvidado* por la historia de la filosofía, y concebido siempre en las figuras de entes instituidos: esencia, substancia, Dios, sujeto, etc. En esta medida, el ser siempre estaría *presente* como ente, como unidad consigo misma: es ente². Este valor nodal de la presencia, desprovista de su temporalidad y de su acontecer abierto a otras posibilidades *no presentes*, se torna en la marca, o en la huella, estructurante del pensamiento metafísico según Heidegger. Es decir, que los entes se proponen como atemporales y definidos estructuralmente *para sí*: identidad y unidad. No pasan por cambios o por alteraciones. La institución del ente, en estas condiciones de identidad y de unidad, es la institución de la única posibilidad concebible en cuanto fundamento del ser. Aunque los diferentes entes categoriales cambien de nombre, según la época, o el pensador, la estructura es básicamente la misma. Las otras posibilidades del ser se “reprimen”, se olvidan para usar el lenguaje heideggeriano, y como tales, apenas se articulan como apéndices sometidos a la lógica de la dominación conceptual, y por qué no decirlo, a la lógica de cualquier forma de dominación institucional. Esta es una de nuestras premisas.

Ahora bien, Derrida comprende por *metafísica* diversas cosas, pero la principal es entenderla como una denominación general que busca organizar diversos modos operativos de asegurar conceptualmente la *presencia esencial* de un sujeto para sí, tanto en el pensamiento, en las narrativas, así como en la historia de Occidente³. Dichas operaciones estratégicas buscan remontar

² “¿Qué escuchamos? Con este ‘es’, el principio dice cómo es todo ente, a saber: él mismo consigo mismo lo mismo. El principio de identidad habla del ser de lo ente. El principio vale sólo como ley del pensar en la medida en que es una ley del ser que dice que cada ente en cuanto tal le pertenece la identidad, la unidad consigo mismo”. “El principio de identidad”. En: *Identidad y diferencia* (trad. A. Leyte y H. Cortés). Barcelona: Anthropos, 1988, p. 65.

³ Simon Morgan Wortham. *The Derrida Dictionary*. New York, Continuum Books, 2010.

“Idealmente, hacia un origen o una ‘prioridad’ simple, intacta, normal, pura, propia, para pensar *a seguir* la derivación, la complicación, la degradación, el accidente, etc. Todos los metafísicos han procedido de esa manera, de Platón a Rousseau, de Descartes a Husserl: el bien antes del mal, lo positivo antes de lo negativo, lo puro antes de lo impuro, lo simple antes de lo complicado, lo esencial antes de lo accidental, lo imitado antes de lo imitante. No es por ahí un gesto metafísico entre otros, es el recurso más continuo, el más profundo y el más potente.”⁴

Con esta primera aproximación, ya podemos ver que el sujeto de la metafísica, para poder existir como una *presencia* imperturbable y que refrenda sistemáticamente su lugar en la lógica de la producción de sentido, necesita establecer cierta estructura jerárquica para afirmarse negando, al mismo tiempo, a un contrario. Podríamos decir aún más, solamente se puede asentar el reinado metafísico del sujeto en la medida en que *produce* a su propio contrario, deslegitimándolo, negándolo, olvidando su posibilidad en cuanto posibilidad, y lo estructura jerárquicamente por debajo de él, imponiendo de esa forma un proceso de dominación que atravesará a las formas de concebir tanto a la lógica de los discursos como a la significación de las prácticas.

2.- ¿Qué es institución para Derrida?

Uno de los momentos centrales del periplo derrideano en su búsqueda por proponer los elementos conceptuales que sustenten una categoría de institución, se encuentra en su obra *De la Gramatología*.⁵ La institución de partida es la institución de la presencia del ente, en particular de la lengua, de la lengua como ente presente y entendida como una estructura general de significación. Efectivamente, se considera aquí que la institución a tratar, en primera instancia, es la institución de la lengua. Esto no quiere decir que la “primera” institución haya sido la de la lengua, sino que por esa vía entramos a pensar el problema de la institución y de las instituciones.

Consideremos a la lengua como un sistema de signos. Si hay signo también existe un espaciamento en relación con el referente. Por lo tanto, para Derrida, y siguiendo en esto a Saussure, el signo es *inmotivado*, es decir, que no tiene a priori una cláusula de pertenencia a ningún referente, a no ser por la propia estructura diferencial de los signos lingüísticos entre sí. De esta forma, se entiende que el signo no es un ente natural, ligado también naturalmente a una cosa o a su referente. Por el contrario, existe una determinada arbitrariedad en la relación signo/referente, la cual solamente produce algún grado de significación, entre palabra y cosa, debido a la estructura general de la institución de la lengua y,

⁴ Jacques Derrida. *Limited Inc.* Paris, Galilée, 1988. p. 174.

Ver también, Peter Salmon. *An Event, Perhaps. A Biography of Jacques Derrida.* London-New York, Verso, 2020.

⁵ Jacques Derrida. *De la gramatología.* México, Siglo XXI, 1986.

consecuentemente, de las diferencias entre signos y signos, entre cosas y cosas, y entre cosas y signos. Esa diferencia es la que Derrida denominará de *différance*. Este *casi-concepto*, como lo denomina, será relevante para entender el concepto de institución sin embargo enfatizaremos antes a otro que nos permitirá dirigirnos en un momento posterior a éste. Ese concepto es el de huella (*trace*), con el cual Derrida substituirá el tradicional concepto de signo pues abarca un campo de reflexión mucho más amplio y general que el de la lengua, el lenguaje y el de la lingüística, lo cual, también, nos permite hablar de institución en general, respetando sus diversas y particulares formas de constitución.

Efectivamente, partimos de la institución de la lengua en dónde la existencia de las diferencias es imposible de llenar con alguna presencia plena de sentido y, por lo mismo, la idea de huella siendo más amplia que la idea de signo, nos lleva a otra institución fundamental para Derrida que es la institución de la escritura. El problema de la escritura en el entramado de la metafísica de la presencia es fundamental para el pensamiento derrideano. No podemos desarrollarlo en este texto *a contento*, pero sí podemos ofrecer una suerte de pistas que orienten la búsqueda hacia una primera elucidación sobre el concepto de institución en este pensador.

Dos serían las premisas que privilegiaríamos para adentrarnos en el tema:

- 1) La escritura ha sido considerada una práctica segunda e inferior en relación al habla que detenta en la metafísica de la presencia el valor positivo y superior; de ahí el privilegio del logocentrismo y del fonocentrismo en el pensamiento Occidental.
- 2) Todo sistema de significación “empezó” con la escritura, es decir con la *huella*; por lo tanto, la escritura entendida tradicionalmente como un conjunto de marcas fonéticas y lineales organizadas gramaticalmente y marcadas en una superficie para su registro, es una de las posibles derivaciones de la experiencia “originante” del *hacer una huella*, pero no la única.

Para poder exponer una primera explicación de la institución de la escritura, citamos al propio Derrida, precisamente, en su obra *De la gramatología*:

Es necesario pensar ahora que la escritura es, al mismo tiempo, más externa al habla, no siendo su "imagen" o su "símbolo", y más interna al habla, que en sí misma es ya una escritura. Antes de estar ligada a la incisión, al grabado, al dibujo o a la letra, a un significante que en general remitiría a un significante significado por él, el concepto de grafía implica, como la posibilidad común a todos los sistemas de significación, la instancia de la *huella instituida*. En adelante nuestro esfuerzo apuntará a extraer lentamente estos dos conceptos al discurso clásico, del que necesariamente los tomamos. Este esfuerzo será laborioso y sabemos a priori que su eficacia nunca será pura y absoluta.⁶

⁶ Jacques Derrida. *De la gramatología*. México, Siglo XXI, 1986, p. 60.

En primer lugar, nos gustaría destacar el elemento señalado en la cita concerniente a la relación de distinción y de oposición entre habla y escritura. Lo que vemos de forma inmediata es que, para Derrida, el habla es una *escritura*. Esta es una de las principales premisas de su pensamiento. Es decir, el habla es un modo de marcar el espacio-tiempo del cuerpo con sonidos articulados con tipos de significación. Pero para esto, y en la medida también muy relevante para Derrida, el habla es auto-referente, siempre nos escuchamos a nosotros mismos; somos *auto-afectados* inmediatamente por el habla; nos escuchamos hablando, hablamos escuchándonos. Es verdad que en muchas ocasiones el escucharnos puede sorprendernos pues podemos decir cosas que no sabemos del porqué las decimos. Pero en fin, para los propósitos de esta breve explicación la premisa es esa. Así, para que una diferencia tal como la del habla y de la escritura se instituya, es necesario comprender igualmente, y esta es la segunda premisa, que la huella, la acción del marcar, ya está instituída. Nosotros vamos a enfatizar, en estas reflexiones, el sentido de “instituida” (*institué*) que propone Derrida, para que nos guíe en estos prolegómenos a delimitar una posible “idea primera” de institución en la obra de este autor.

Entonces, si “antes” de cualquier grafía, incluyendo al habla, existe algo del orden de una huella, y si ésta ya está instituida, o para que la huella pueda ser el “motor” de cualquier forma de significación ya debe de estar instituida, el concepto de institución se nos presenta como fundamental en su elucidación: ¿por qué la huella ya está instituida? ¿Cómo se instituyó? ¿Quién la instituyó? ¿Cuándo se instituyó? ¿Por qué se instituyó y no ocurrió otra cosa? Estas son preguntas que buscan establecer el sentido de la existencia de un *sujeto* que pudiera ser origen de la huella y por lo tanto de su institución. Pero para Derrida, tal sujeto y tal origen, son simplemente imposibles de *rastrear*. Es más, resulta una tarea inútil pues la huella aparece en cuanto tal sin dejar registro de su origen. En otras palabras, la huella no deja huella, o un rastro, de su acontecimiento; por lo mismo, la huella aparece ya instituida pero, según nosotros, no *totalmente* instituida. Es de esa institución de la huella de dónde se producirán los diversos sistemas de significación. La huella es el origen de las significaciones, sin embargo, ella misma no tiene un origen localizable en el tiempo y en el espacio, simplemente es su propia institución. El concepto de institución, entonces, empieza a tomar un contorno que el propio Derrida dice, quiere “extraer” de los sistemas clásicos - entiéndase metafísicos-, de comprensión de lo que significa la idea de institución. Si la huella ya está instituida, la misma no apareció de la nada, la misma no se instituyó por nada. Entendemos que esto despierte siempre la impresión de que la búsqueda de un origen sea necesario para poder explicar lo que son las cosas en general, sea este origen un Dios, una fuerza física, una Idea, una substancia, un Ser, o un sujeto de cualquier especie. Por lo mismo, Derrida justifica de esta forma el borramiento del origen que la huella produce paradójicamente al aparecer:

La huella no sólo es la desaparición del origen; quiere decir aquí —en el discurso que sostenemos y de acuerdo al recorrido que seguimos— que el origen ni siquiera ha desaparecido, que nunca fue constituida salvo, en un movimiento retroactivo, por un no-origen, la huella, que deviene así el origen del origen. A partir de esto, para sacar el concepto de huella del esquema clásico que lo haría derivar de una presencia o de una no-huella originaria y que lo convertiría en una marca empírica, es completamente

necesario hablar de huella originaria o de archi-huella. No obstante, sabemos que este concepto destruye su nombre y que, si todo comienza por la huella, no hay sobre todo huella originaria.⁷

La archi-huella es el acontecimiento más *viejo* que la huella⁸, que al aparecer y plasmar a la huella, desaparece, se borra, se subsume en la institución de la huella. Si a esta archi-huella la queremos denominar de Dios, de Big Bang, el Afuera, o lo que sea, es inútil, porque lo único que podremos constatar de los fenómenos de la huella es la potencia de la archi-huella que dejó instituido a su propio acontecer, a su propia huella, desapareciendo pero estando al mismo tiempo presente en un cierto sentido: esa presencia es la presencia de lo *otro*. Lo que la huella anuncia es eso otro que está ahí presente pero ausente, otra cosa diferente de lo uno que está en un juego de diferencias irreductible pero siempre productivo, es decir, “instituyente”.

Nuestra hipótesis es que la *archi-institución* (ese término no es de Derrida, es nuestro) es la estructura en la cual lo instituido y lo instituyente se borran como oposición. O mejor dicho, más “vieja” que la oposición instituido-instituyente, la archi-institución es el acontecimiento en dónde ambos elementos se encuentran indiferenciados. La huella es huella instituida porque carga necesariamente la presencia ausente de lo instituyente. La huella instituida es al mismo tiempo la huella instituyente porque está ahí, marcada pero marcando (al mismo tiempo) por la fuerza de su acontecer como rastro. La archi-institución es un casi-transcendental que “empuja” al acontecimiento de la huella a presentarse junto con la ausencia *fantasmática* de lo instituyente. La huella es lo instituyente instituido y lo instituido instituyente. La huella escapa a la metafísica de la presencia, la escritura por ejemplo, porque carga al mismo tiempo el fantasma de un origen (archi) que *no puede nunca apuntar hacia sí mismo*, no puede ganar un rango identitario. La huella está ahí dónde se la hace, y al mismo tiempo, indica la desaparición de lo que la hizo huella: una tumba deja la huella de una vida, que ya no está ahí, pero que al mismo tiempo ahí está como huella cuyo origen ha desaparecido. La archi-huella es la *vidamuerte* que indiferenciada produce la diferencia entre la una y la otra, la diferencia entre la vida y la muerte. Es lo que Derrida denomina también por el término *différance*.⁹

Nuestra hipótesis es que lo instituyente es el *fantasma permanente*, y general, de lo instituido. Toda huella instituida aparece a su vez con otra huella pero en este caso instituyente; *dobles huella siempre*, y que nos hace no olvidar que lo *otro* está en trabajo sistemáticamente, sea

⁷ Jacques Derrida. *Márgenes de la filosofía*. Madrid, Cátedra, 1998, p. 80.

⁸ La metáfora “más vieja” es la que Derrida va a utilizar para “situar” el significado de la *différance* que veremos enseguida. La archi-huella es la archi-escritura, ambas son lo mismo pero con nombres diferentes, y también son, al mismo tiempo, la *différance*, pero también con un nombre diferente. Y nosotros proponemos otro nombre casi equivalente, el de *archi-institución*.

⁹ “Más ‘vieja’ que el ser mismo, una tal *différance* no tiene ningún nombre en nuestra lengua. (...) Es porque no hay nombre para esto ni siquiera el de esencia o el de ser, ni siquiera el de diferencia, que no es un nombre, que no es una unidad nominal pura y se disloca sin cesar en una cadena de sustituciones que difieren.” Jacques Derrida. “La *différance*”, en *Márgenes de la filosofía*. Madrid, Cátedra, 1998 (1972), p. 61. “Nuestra lengua” es el francés. Pero tampoco en castellano existe una palabra para denominar *eso*, por lo mismo, utilizamos su expresión en “francés”.

en un trabajo de duelo o sea en un trabajo productivo (el trabajo de duelo puede ser productivo y viceversa). A eso Derrida le denomina *archi-huella*. Por esto, lo instituyente *no es en principio* la negación de lo instituido, lo instituyente está implicado, enredado de forma fantasmática con lo instituido como la *huella* de la huella, es decir, aquello a lo que llamaremos de *institución* en general.

Si la huella ya está instituida, su fantasma, la huella de lo instituyente, es organizado de forma metafísica por la filosofía (aunque para algunos sean lo mismo), y luego por las ciencias sociales, para poder tornarlo en su contrario jerárquicamente inferior. La *archi-huella* es el *momentum* en el que el origen de la huella, su imposible-origen, lo instituido y lo instituyente no se encuentran ni diferenciados ni organizados, es decir, *institucionalizados*. La institucionalización de la huella es la organización metafísica, dialéctica o no, de la oposición instituido-instituyente. ¿Qué es la marca de un pie “humano” en el barro endurecido que pervivió durante un millón de años, por ejemplo? Es una huella instituida del caminar. ¿En dónde está el pie del ente que la produjo? Es un fantasma. Su acción, al pisar el barro primigenio, es lo instituyente que ya no está pero pervive en lo instituido. Las arqueologías, las antropologías, las filosofías, las explicaciones de cualquier tipo, *organizan* la significación de diversos modos. La forma dominante de organización conceptual es una explicación teológica o filosófica. Luego vendrán las ciencias, antes vinieron los saberes “populares”. Pero no importa, en principio, que vino primero como organización conceptual o significativa, el caso es que siempre hubo algún modo de darle sentido a eso, a la huella *marcadamente* instituida, aunque *no totalmente* instituida.

3.- ¿Cuál es la hipótesis sobre el concepto de institución en Derrida?

Toda huella está instituida, dice Derrida, pero no totalmente, decimos nosotros. En ese sentido la *archi-huella*, para poder generalizarla más allá del lenguaje o del signo lingüístico, tiene que aceptar que ella misma multiplica sus formas materiales y simbólicas de institucionalización. Entendemos por institucionalización de las múltiples huellas, las formas también múltiples de organización de sus modos institucionales: la institución del entierro, la institución del caminar, etc. La institucionalización de la huella es la generalización de la finitud sin registro actual o presente y, al mismo tiempo, también es la generalización de la múltiple infinitud de las formas institucionales finitas.¹⁰

Si esta hipótesis puede demostrarse, estaríamos haciendo *casi* equivalentes a la institucionalización y al casi-concepto (como lo denomina Derrida) de *différance*. Esto representaría un nuevo problema de investigación porque en principio la *différance*, como un *casi-a priori* transcendental en el sentido kantiano, no puede institucionalizarse, o mejor dicho, lo propio de la *différance* sería *substraerse* a la institucionalización. La *différance* está siempre en una condición de multiplicidad relacional que al fijarse en las formas

¹⁰ Esta aseveración la desarrollaremos en el futuro basados en la teoría de los conjuntos de Cantor.

institucionales, pierde su fuerza de significación, aunque esta significación no esté necesariamente siendo producida por signos lingüísticos, o al menos, únicamente¹¹.

Por eso señalábamos que, para Derrida, la *différance* también es otro nombre para denominar a la archi-huella.

4.- ¿Qué es la *différance* para Derrida?

Aunque ya dimos una pista, más arriba, la respuesta inicial a esta pregunta es:

Lo que se escribe como *différance* será así el movimiento de juego que “produce”, por lo que no es simplemente una actividad, estas diferencias, estos efectos de diferencia. Esto no quiere decir que la *différance* que produce las diferencias esté antes que ellas en un presente simple y en sí mismo inmodificado, in-diferente. La *différance* es el “origen” no-pleno, no-simple, el origen estructurado y diferente (de diferir) de las diferencias. El nombre de “origen”, pues, ya no le conviene.¹²

La *différance* es lo que produce las diferencias pero no es un ente en sí, no existe en sí, escapa a la metafísica; es una “estructura” o un casi-transcendental, que “aparece” solamente cuando las diferencias se producen por efecto de la *différance*. Pero solamente hay *différance* si hay diferencias. O dicho de otra forma, solamente hay huella si se produce la acción de marcar y, por lo tanto, de producir una cosa y su *otro* que no es esa cosa. Otra cosa que no es necesariamente lo opuesto, sino sencillamente lo *otro* que no la huella. Ese efecto es el resultado de la archi-huella o *différance*. Por lo mismo, no hay un origen identificable de la *différance* pues solamente se activa en cuanto está en su propio proceso de activación, es decir, produciendo diferencias, huellas (huellas instituidas, o casi-instituidas, diríamos nosotros). Las huellas han perdido su origen porque nunca han tenido origen, pero las acompaña un no-origen en cuanto fantasma: el fantasma de la *acción* productora de diferencias, la *fuerza* que produce a las diferencias. Esa *compañía*¹³ es otro de los efectos de la archi-huella o *différance*. Según nuestra hipótesis, la huella instituida y sus fantasmas instituyentes se *acompañan en su diferencia*, todavía no sufrirían el efecto *correlacionista* de oponerlas de forma metafísica¹⁴.

¹¹ “Decir la fuerza como origen del fenómeno es, sin duda, no decir nada. Una vez dicha, la fuerza es ya fenómeno. Hegel había mostrado bien que la explicación de un fenómeno por una fuerza es una tautología. Pero al decir esto, hay que referirlo a una cierta impotencia del lenguaje de salir de sí para decir su origen, y no al pensamiento de la fuerza. La fuerza es lo otro que el lenguaje sin lo que éste no sería lo que es”. Jacques Derrida. *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos, 1989, p. 42.

¹² Jacques Derrida, “La *différance*”, *Marges de la philosophie*. Paris, Minuit, 1972, p. 47. Traducción nuestra.

¹³ Ver el tema de la compañía en nuestro texto, “¿Se puede confiar en la actualidad? Ensayo sobre la potencia contemporánea.” En *La confianza o la desconfianza. Una consideración actual*. México, Universidad Iberoamericana, 2013.

¹⁴ Por efecto correlacionista entendemos el sentido que le da al término Quentin Meillassoux, porque aunque la propuesta de Derrida de una *archi-huella* nos indica que la misma está perdida para poder hacer cualquier

La ambigüedad de ese *todavía* es poco normal para el lenguaje metafísico¹⁵. El “todavía” señala que habrá una acción por venir, una acción después de la acción, luego, una acción temporal que le dará sentido relacional a las diferencias. La metafísica es *una* forma institucionalizada de la temporalidad y del espaciamento de las diferencias.

Así, Derrida precisa:

La *différance* es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado ‘presente’, que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa, guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro, no relacionándose la marca menos con lo que se llama futuro que con lo que se llama pasado, y constituyendo lo que se llama el presente por esta misma relación con lo que no es él: no es absolutamente, es decir, ni siquiera un pasado o un futuro como presentes modificados.¹⁶

La *différance*, o archi-huella, no está en un tiempo presente, si no que es la posibilidad de que la *temporización* se efectúe. Esto significa, que la *différance* está, al mismo tiempo, tanto en el proceso de su propio acontecer como en un estar estructural de la propia huella instituida.

Si la huella está instituida, la archi-huella, al no aparecer de forma presente pero siempre estando ahí, es también la fuerza de lo instituyente; el origen de la institución está irremediamente borrada, pero no la “pulsión” que pervive silenciosa en la huella instituida. Es la propia performatividad de la marcación diferencial de cualquier acontecimiento “real”; y esta fuerza performativa no es una esencia. Por lo mismo, lo instituyente es la *différance* en acción atrasada, una retención en movimiento; un acontecer que se configura en un movimiento social, por ejemplo, y que se torna lo instituyente en acción. La archi-huella, perdida para siempre, sin que haya nunca estado presente pues, está “presente” en lo instituyente pero sin poder mostrar su origen: simplemente está ahí en el devenir infinito de los acontecimientos.

correlación entre un sujeto y un objeto, al mismo tiempo, la misma sí se torna operativa en las marcas en *différance* que se producen a partir de su *archi-origen*, un origen sin origen, un origen imposible de identificar en el tiempo y en el espacio, luego aquello que nunca tuvo ni tendrá un posible o potencial sujeto cognoscente o testigo humano que pueda tener una experiencia de esa marca o trazo de la realidad en sí. El correlacionismo, que Meillassoux critica por cierto, admite que exista un sujeto de referencia. Evidentemente, no toda existencia de un “sujeto” tiene que devenir en una estructura metafísica. Pero este tema escapa a los límites del presente trabajo. Ver Quentin Meillassoux. *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*. Buenos Aires. Caja Negra Editora, 2021

¹⁵ “Nuestro discurso pertenece irreduciblemente al sistema de oposiciones metafísicas. No se puede anunciar la ruptura de esa pertenencia más que mediante una *cierta* organización, una *cierta* disposición *estratégica* que, dentro del campo y de sus poderes propios, volviendo contra él sus propias *estratagemas*, produzca una *fuerza de dislocación* que se propague a través de todo el sistema, fisurándolo en todos los sentidos, y *de(s)limitándolo (dé-limitant)* de parte a parte”. Jacques Derrida. *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 32-33.

¹⁶ Ídem. p. 48.

5.- ¿La institución de la metafísica o la metafísica de la institución?

La metafísica, tal y como la definimos al principio, es una estructura de significación que se apropia fenoménicamente del conjunto de fuerzas que componen a la huella o archi-huella. Las operaciones estratégicas de estructuración de la metafísica, como las entiende Derrida, hacen con que la realidad producida pueda ser significada fundamentalmente de manera lingüística. La propuesta de Derrida es que vivimos en un mundo de significaciones dominado por oposiciones jerárquicas que organizan el sentido no solamente gnoseológico, sino también experiencial. El elemento dominante de esa organización del sentido es la *institución del presente*. Por presente se entiende, básicamente, a la institución de un tiempo no modificable que le da soporte a una *esencia plena*. Al mismo tiempo, la *presencia* de ese presente esencialmente determinado, organiza el espacio en un *ahí* que se mantiene inalterado y que es pasible de ser sistemáticamente localizado e identificado: el mundo de las ideas y el mundo de lo sensible; el mundo de los dioses y el mundo terreno; el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos; el mundo de los sujetos y el mundo de los objetos; el mundo de las representaciones y el mundo de las realidades; el mundo de los fenómenos y el mundo de los noumenos; el mundo de los seres y el mundo de los entes, etc. Estas dicotomías básicas son productoras dominantes del pensamiento occidental pero podríamos extenderlas también a otras formas de pensamiento: el pensamiento común, el pensamiento oriental, etc., con sus particularidades. Lo que nos interesa proponer es que la institución de la metafísica es en realidad ya siempre, y desde su inicio, una institución. O dicho de otra manera: no hay una institución de la metafísica, pues la metafísica ya es una institución. Y esto se debe a que la huella ya es una huella instituida y, agregamos nosotros, al mismo tiempo es instituyente. Lo que la metafísica organiza es una estructura en dónde lo instituido se sobrepone a lo instituyente y lo jerarquiza; lo *institucionaliza*. Por lo mismo, diríamos que no hay ningún tipo de institución social, por ejemplo la familiar, o la política, para tomar dos ejemplos evidentes, que no esté atravesada por algún tipo de *violencia* metafísica.¹⁷

Lo que podríamos denominar por violencia metafísica sería el proceso de organización de los vectores de fuerzas en lucha en cualquier institución social. A eso le denominamos, tentativamente, de *institucionalización*. La metafísica es el proceso de significación, que no meramente lingüístico, que organiza las oposiciones conceptuales como estrategias propias de la institucionalización. Queremos entender que la institucionalización, entonces, es un conjunto de actos performativos, es decir, que hacen cosas y no solamente que las narran o las describen. El trinomio instituido-instituyente-institucionalización tiene que ser comprendido como la estructura dominante de cualquier tipo de dialéctica, es decir, de metafísica.¹⁸ Por esto la huella es archi-huella, porque borra desde el inicio su propia violencia potencialmente dialéctica. El fantasma de lo instituyente hace con que la huella instituida sea siempre instituyente a pesar suyo. Retomamos un ejemplo del propio Derrida, el concepto de

¹⁷ Ver nuestro ensayo "El giro viopolítico. *Violence* y desconstrucción". En Revista *Política y Cultura*. Primavera 2016, n° 45. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

¹⁸ Ver nuestro ensayo, "Signos institucionales. Socioanálisis lorauneano y semiótica peirceana." *Revista de Filosofía*. Universidad Iberoamericana-Ciudad de México, n° 134, enero-julio 2013.

huella en la obra de Freud, que deseamos contribuya con más sentido a apuntalar esto último. Veamos.

En consecuencia, hay que radicalizar el concepto freudiano de huella y extraerlo de la metafísica de la presencia que lo sigue reteniendo (en particular en los conceptos de consciencia, inconsciente, percepción, memoria, realidad, es decir, también de algunos otros). La huella es el borrarse a sí mismo, el borrarse su propia presencia, está constituida por la amenaza o la angustia de su desaparición irremediable, de la desaparición de su desaparición. Una huella imborrable no es una huella, es una presencia plena, una sustancia inmóvil e incorruptible, un hijo de Dios, un signo de la parousía y no una semilla, es decir, un germen mortal. Este borrarse es la muerte misma, y es en su horizonte como hay que pensar no sólo el «presente» sino también lo que Freud ha creído que es lo indeleble de ciertas huellas en el inconsciente, donde «nada acaba, nada pasa, nada se olvida». Este borrarse la huella no es sólo un accidente que puede producirse aquí o allí, ni incluso la estructura necesaria de una censura determinada que amenace tal o cual presencia: es la estructura misma que hace posible, como movimiento de la temporalización y como auto-afección, pura, algo que puede llamarse la represión en general, la síntesis originaria de la represión originaria y de la represión «propriadamente, dicha» o secundaria. Una radicalización como ésta del pensamiento de la huella (pensamiento, puesto que escapa al binarismo y lo hace posible a partir de nada) sería fecundo no sólo en la desconstrucción del logocentrismo, sino en una reflexión que se ejerza más positivamente en diferentes campos, en diferentes niveles de la escritura en general, en la articulación de la escritura en el sentido corriente y de la huella en general.¹⁹

La huella resiste a hacerse presente. Pero está ahí. Paradójicamente indeleble y potencialmente lista para ser borrada. En el caso de Freud hablaríamos de una huella psíquica. Pero, en principio, el problema no es clínico, es conceptual, es decir, metafísico. Aunque no todo campo conceptual sea metafísico, en el sentido de Derrida. Sin embargo, no hay discurso, decía él, que no esté atravesado por metáforas metafísicas. El trabajo de la desconstrucción es evidenciar la carga y el grado de metafóricidad metafísica con la que los discursos se estructuran. Los objetivos son, por un lado, el ejercicio de la crítica filosófica, y por el otro, el ejercicio de la crítica política. Sin duda, también, los términos “crítica”, “filosofía” y “política” tendrán que ser sometidos a un trabajo de desconstrucción, de modo a desplazarse, o a deslizarse, hacia afuera del texto de la tradición metafísica. Es muy difícil de soportar el estar mucho tiempo en ese afuera pues la llamada comunicación, por ejemplo, puede sufrir una alteración significativa que torne casi imposible el establecer relaciones con el otro. Ese es uno de los riesgos más evidentes de toda crítica, en particular la desconstruccionista.²⁰

¹⁹ Jacques Derrida. “Freud y la escena de la escritura” en *La diferencia y la escritura*. Barcelona, Anthropos, 1989, p. 315.

²⁰ Ver nuestro libro sobre este tema: *Comunicación y desconstrucción*. El concepto de comunicación en la obra de Jacques Derrida. México, Siglo XXI, 2017.

Sin embargo, y regresando al principio de este texto, el problema de la oposición tradicional entre habla y escritura, nos sigue poniendo un desafío inconmensurable a desentrañar. Si para Derrida toda el habla es una escritura, también todo el pensar es un lenguaje. O mejor dicho, si se opone el pensamiento y el lenguaje en una relación de corte metafísico, el pensamiento (generalmente ligado al habla) sería superior a otras formas de lingüisticidad, como por ejemplo, la escritura, entendida de la manera más común. Unas reflexiones de la filósofa derrideana norteamericana Deborah Goldgaber nos pueden orientar sobre este asunto, y ayudar a cerrar el presente escrito:

“El enredo (*entanglement* = maraña, embrollo) del significante y del significado, esencial para el signo lingüístico, puede también caracterizar a las relaciones entre habla y escritura. En cualquier caso, Derrida introduce la archi-escritura (archi-huella) como el nombre para esta otra relación: el enredo entre la indisociable relación del pensamiento y del lenguaje, así como del habla y de la escritura. (...) ¿La archi-escritura significa que *todas* las cosas están enredadas (con su afuera) en el mismo sentido en el que el pensamiento está enredado con el lenguaje y el habla con la escritura? ¿Pero por qué deberíamos pensar eso?”²¹

Las preguntas no son fáciles de responder en pocas palabras, las dejaremos como pistas, como marcas. Sin embargo, siendo que para Derrida, la archi-escritura y la archi-huella son lo mismo, y que la archi-huella y la *différance* también son lo mismo, nuestra propuesta ha sido que la *différance* también es la *archi-institución*. Las preguntas de Goldgaber aplicadas a este último término nos podrían ayudar en el futuro próximo a responder a las siguientes: ¿Cómo están enredadas las relaciones entre la huella instituida y la huella instituyente *fuera* de la relación de oposición binaria dialéctica? ¿Toda institucionalización está necesariamente enredada con marcas metafísicas? ¿Cómo pensar a *todas* las instituciones con su afuera archi-institucional?

²¹ Deborah Goldgaber. *Speculative grammatology. Deconstruction and the new materialism*. Edinburgh, Edinburgh University Press, 2021, p. 107. Traducción nuestra. Itálicas de la autora.